

EL ECO DE SANTIAGO

DIARIO DE LA TARDE

PUBLICIDAD

Línea en 3.ª pág. 0,10.—Sección local 0,50
Comunicados y reclamos a precios convencio-
nales. Por ley de 1896 cada anuncio pagará
10 cént. por impuesto del timbre.

SUSCRIPCIÓN

En Santiago, una peseta al mes.—Provin-
cias, 8,50 trimestre.—Extranjero, 20 pesetas
semestre.

Redacción, Administración e Imprenta, Rúa Nueva 13 pral. y bajos. Teléfono núm. 2

Viernes 10 de Abril de 1914

Núm. 6.556

Año XXI

LA NOCHE DEL CALVARIO

I

La noche iba cubriendo a la gran ciudad con su manto de sombras. Las calles y plazas de la ingrata Jerusalén, solitarias y tristes, asemejábanse a las tóricas galerías de una inmensa Necrópolis. Tal era el silencio que en ellas reinaba; silencio que a veces venía a interrumpir el acompasado andar de tal cual grupo de soldados, que por diversos puntos discurrían, y cuyas férreas armas producían, al chocar unas con otras, un ruido estridente, que tenía algo de lúgubre y siniestro. No lucían en aquella noche los brillantes fulgores de la luna en el obscuro crepúsculo que al firmamento envolvía, ni hallábase, cual otras, tachonado de estrellas.

Todo era sombra y tristeza, todo silencio y soledad.

Poco antes, aquella soledad y aquel silencio habíanse visto turbados por la inmensa y apañada muchedumbre que se agolpaba por aquellas mismas calles y plazas, ahora desiertas y silenciosas, que con su ensordecedor clamoreo llenaba el espacio, ya con alegres y barullosos carcajadas, ya con destemplados gritos de amor y muerte.

Aquella tarde la perfidia humana, a la sombra de la ley y a despecho de todo sentimiento de amor y de caridad, había cometido el más horrible de los crímenes, la más negra de las ingratitudes, la más abominable de las traiciones.

Cumplióse el fallo de la ley, ejecutóse la sentencia, y la satisfecha plebe, salpicada con sangre inocente, ebria de gozo y ronca de gritar y maldecir, retiróse tranquila a sus hogares, con la satisfacción y alegría de quien ha realizado una noble aspiración y cumplido un santo deber.

II

Octavia, una de las más hermosas mujeres de Jerusalén, y por cuyo amor suspiraban los más nobles patricios, hallábase aquella noche en un rico aposento de la suntuosa morada que en la ciudad poseía su anciano padre, uno de los más nobles magnates, que por su linaje ilustre y cuantiosas riquezas había alcanzado el inmenso prestigio de que gozaba.

Octavia era el mayor encanto de su padre; pues a su deslumbradora belleza unió un talento privilegiado y un carácter apacible y dulce, que le habían captado las más grandes simpatías, no solo entre los altos personajes en cuya sociedad vivía, sino hasta con los más humildes servidores de su casa, para quienes sólo tenía palabras de cariño y de ternura.

La noche estaba un tanto calurosa, y la densa obscuridad que a la ciudad envolvía era interrumpida, a veces, por brillantes relámpagos, cuyo rojizo resplandor iluminaba la estancia.

La hermosa joven, apoyada de pechos en el barandaje del ancho balcón, delectábase en la contemplación de aquel espectáculo que la Naturaleza ofrecía a sus ojos, y los hondos y frecuentes suspiros que de su pecho se escapaban, eran, sin duda alguna, fieles intérpretes del excepcional estado en que se hallaba su agitado espíritu.

De pronto y a través de los negros celajes que ocultaban el purísimo azul del firmamento, el blanco disco de la plateada luna apareció con toda su brillante diáfana, y sus clarisimos reflejos convirtieron en argentina filigrana las mil caprichosas flores que en el hermoso jardín crecían, y de cuyos ricos aromas llegaban hasta allí los perfumados besos que la suave brisa le enviaba entre sus ondas invisibles.

Un rayo de luna alumbró la cima del cercano monte.

La bellísima Octavia lanzó un grito, y llevose la mano al corazón, cual si en él sintiese algo extraño algo desconocido, que conmovió profundamente todo su ser, agitando su cuerpo con estruendoso convulsivo.

—¡Qué hermoso semblante! —exclamó su apertur su vista de aquel punto brillante que parecía llamar poderosamente su atención—. ¡Qué injusta sentencia! ¡Qué espantoso crimen! ¡Qué es lo que en mí pasa? Arde mi cabeza, se inflama mi corazón; parece que un amor inmenso y sobrenatural abrasa mi alma.

—Es amor lo que sientes? —dijo a su espalda una voz sombría, en cuyo timbre había algo de amargo desconsuelo, acaso de celos hasta entonces no sentidos.

Octavia se estremeció, y volviéndose hacia el que así hablaba, repuso con dulce acento:

—Sí, Publio, amor es el grande sentimiento que llena mi corazón.

—¿Y quien es ese hombre feliz que roba mi ventura, y derrama en mi corazón el amargo acibar de los celos?

—¿Celos dices? —respondió Octavia, envolviendo a Publio en una mirada enloquecedora, e imprimiendo a sus palabras un tono de dulce reconvencción.

—ese cuyo amor ha nacido de pronto en mi alma, no debe inspirarte celos, porque ese amor nada te roba del que por mí siento.

El noble patricio permaneció silencioso, escuchando absorto las palabras de la hermosa joven, que comprendiendo el acerbo dolor que aquél sentía en su alma, le cogió de una mano y le con-

dujo al balcón donde por él fué sorprendida.

—Mira —le dijo—: la luna que ahora fulgura, espléndida y brillante, cae de lleno sobre la cima del Gólgota. Tu vista de águila puede descubrir hasta el menor detalle. Esa cruz, signo de oprobio, y hasta hoy emblema de ignominia, no es ya para mí el afrentoso suplicio donde expía sus crímenes un malhechor, un delincuente: es algo que, lejos de horrorizarme, llena mi alma de misteriosos efluvios, que la confortan y la alientan, porque en esa cruz está no un criminal que paga su culpa, sino un sér inocente, que acaso al morir abre las puertas de la verdad, de la verdadera vida.

Había tal acento de persuasión en las palabras de Octavia, que Publio quedó un momento como abstraído en profunda meditación; pero rehízose de súbito, y dijo a Octavia, que mirándole con firmeza aguardaba la contestación:

ban dieterios, amenazas y blasfemias. Entonces nos vimos arrolladas por inmensa multitud, que se apolpaba frenética para presenciar el paso de una triste y fúnebre comitiva. Rodeado de sayones y escoltado por inmensa cohorte de soldados, llegaba el Rabi, llevando sobre sus hombros la pesada cruz, que poco después había de ser su suplicio. Un hombre, que según luego supe era Simon el de Cirene, ayudábale a llevar el terrible madero. La muchedumbre gritaba y maldecía y él pagaba aquellos denuestos y amenazas con palabras de perdón y de consuelo. Una mujer abriéndose paso entre la turba, corrió hacia Jesús y le abrazó con inefable ternura. Aquella mujer era María, la cariñosa Madre del Nazareno.

Yo no pude resistir más tiempo aquella escena de angustia, y las lágrimas corrieron por mis mejillas. Cuando regresé a casa de mi padre, mi corazón se hallaba traspasado de dolor. Mi ca-

zo. Sin darse cuenta de la razón que a ello le impulsaba, torció su camino y siguió el mismo que ellos.

A campotraviésa llegaron a la falda del Gólgota, y comenzaron a subir por la empinada cuesta, hasta tocar la elevada cumbre.

Publio detúvose a regular distancia, pero no tanto que su vista perspicaz no pudiera distinguir lo que en ella pudiera suceder.

El Nazareno había ya exhalado su último suspiro, y en su macerado cuerpo advertíanse las profundas heridas con que la barbarie y la ingratitud pagaron sus beneficios.

Al pie de aquella Cruz, abrazada a ella, la entristecida Madre regaba con su acerbo llanto el divino leño, salpicado con la sangre de su Hijo.

José y Nicodemos acercaron la escalera a la elevada Cruz, y por ella subieron, desclavando después el cuerpo santo de Jesús, que más tarde envolvieron

pues os ha dado el amor el color de clavellina.

Esta espina ya no espina; hombre llega sin temor, que para Dios fué dolor y para tí medicina.

Llega con paso ligero; no te espante ser espina, que ya en la frente divina perdió su fuerza y acero; allí hirió, aquí no espina; allí fué espina, aquí flor; y para Dios fué dolor y para tí medicina.

Antes fué espina esta espina, y ahora es flor muy hermosa; allí fué muy dolorosa, aquí muy blanda y benina; aquí ahora es clavellina de un encarnado color, que para Dios fué dolor y para tí medicina.

CRISTOBAL CABRERA
(Presbítero del siglo XVI)



—Aparta tu vista de ese cuadro de horror; la sangre de ese hombre enrojece el madero de su suplicio y corre por la húmeda tierra de la montaña como la derretida lava de un volcán, que destruye y aniquila; no como el fresco arroyuelo, cuyas cristalinas aguas dan vida y frescura a las flores de la campiña.

—Ese hombre era un inocente —exclamó la joven, con acento de la más profunda convicción.

—Ese hombre era un sedicioso, un revolucionario, y como tal fué juzgado por la ley misma que quería contravenir. Yo le he visto arrastrar en pos de sí a las masas que le escuchaban aturdidas.

—Yo también le he visto arrebatarse con su palabra, conmoviendo con su doctrina y conmoviendo con su ejemplo. Oye, Publio: esta tarde volvía yo con mi esclava Noemia de casa de mi amigo Valerio; pronto llegó a nuestros oídos espantoso vocerío, en el que se mezclaba

en blanquísimo sudario, y que al instante fué recogido con amargo desconsuelo y con maternal ternura por la aflijida Madre, que al recibirle en su regazo, sintió traspasarse su corazón por los agudos dardos de los dolores más terribles.

Publio no pudo resistir impasible aquel cuadro de desolación y de tristeza, y cayó de hinojos ante la Cruz.

Esta es la verdad —exclamó, derramando lágrimas de ternura—. Si no fuera bastante para convencerme la muerte del Hijo, bastaría para ello la amargura de la Madre. Octavia tiene razón: verdaderamente, éste es el Hijo de Dios.

JUAN REDONDO Y MENDUÑA.

LA CORONA DE ESPINAS

Ya, espina, no sois espina, sino flor.

Un buen ladrón

Cuanta el Evangelio atribuido a Lucas, en los versillos 33 a 43 de su capítulo XXIII, que «uno de los malhechores que estaban colgados (junto a Jesús) le injuriaba diciéndole: «Si tú eres el Cristo, sálvate a tí mismo y sálvanos». Y respondiendo el otro, reprendióle: «¿Ni aun tú temes a Dios, estando en la misma condenación? Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos nuestro merecido castigo; pero éste ningún mal ha hecho.» Y díjole a Jesús: «Señor, acuérdate de mí cuando vinieres a tu reino.» Y entonces Jesús le dijo: «De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso.»

De cuantos santos nos presenta el calendario, este San Dimas —no sabemos de dónde se ha sacado tal nombre— es

